



El cuerpo fantasmal de la literatura argentina: la transformación del público en la crítica de los '50

Guido Herzovich¹

Columbia University
grh2118@columbia.edu

Resumen: Durante los años '50, una serie de intervenciones de diverso tipo afirmaron con perplejidad variable que la realidad del público argentino y la figura misma del lector se habían vuelto un misterio. Más que la obsolescencia de un saber exacto, lo que indican estos textos es la caída de un presupuesto de transparencia: la vocación del lector y las motivaciones del acto de lectura, protegidas de su propia realidad multiforme por la hegemonía del discurso humanista, emergían a primer plano en la expansión omnívora de la industria cultural y las transformaciones sociales de la década peronista (1954-55). Centrado en el análisis de la *Sociología del público argentino* de Adolfo Prieto (1956), este artículo intenta mostrar de qué modo la indagación sobre el público aspiró a volver inteligible, en particular para una nueva generación intelectual que intentaba redefinir la dimensión política de la literatura, el espacio crecientemente indiferenciado en que ella debía actuar.

Palabras clave: público lector – masificación editorial – crítica literaria – Adolfo Prieto – *Sociología del público argentino*

Abstract: In the 1950s, a diverse array of observers noted with perplexity that the Argentine reading public and the figure of the reader had become something of a mystery. What these texts suggest, rather than the obsolescence of a hitherto known fact, is the decline of a previously assumed transparency: that of the nature of the readership and the motivations behind the act of reading. Protected from their own heterogeneity by the hegemony of humanistic discourse, these came to the foreground in the process of the omnivorous expansion of the cultural industry, and the social transformations that characterized the decade of Peronism (1946-55). Drawing on the analysis of the *Sociología del público argentino* by Adolfo Prieto (1956), this article illustrates the way in which inquiry into the nature of the public attempted to render intelligible the increasingly undifferentiated literary sphere, especially to a new generation of intellectuals who were attempting to redefine the political dimensions of literature.

Keywords: reading public – book massification – literary criticism – Adolfo Prieto – *Sociología del público argentino*

¹ **Guido Herzovich** es PhD en literatura latinoamericana por la Universidad de Columbia (Nueva York), donde defendió la tesis: “La desigualdad como tarea. Crítica literaria y masificación editorial en Argentina (1950-60)” (2015). Co-edita la revista literaria *El Ansia*.

[D]iremos en resumen, desde el punto de vista exclusivo de la literatura argentina, que su público sugiere la imagen biológica opuesta a la que sugiere la efectiva conformación del país: la imagen de un cuerpo gigantesco, hipotético y fantasmal, conectado a una cabeza microscópica. Adolfo Prieto, 1956 (*Sociología* 114)

Con apenas 27 años, un doctorado en literatura española y un libro recién impreso que lo ha hecho un poco vocero de la “nueva generación” literaria, Adolfo Prieto trabaja durante el año clave de 1955 en una investigación “sociológica” sobre el público argentino. En los primeros años de crisis después de tres lustros de expansión violenta del mercado editorial (1938-53), en el momento en que las élites liberales se enfrentan al país transformado que deja la década peronista –interrumpida ese año por un golpe de Estado–, Prieto sale a los “suburbios literarios” (*Sociología* 103) para auscultar al lector popular y conocer el estatuto social del libro y de la cultura literaria. Sus reflexiones reconocen un antecedente en las que Juan José Sebreli –con 23 años– había difundido dos años antes en la revista *Centro*; y se incuban durante su paso por la efímera revista *Ciudad* (1955-56), que acoge varios artículos sobre la lectura y los lectores populares² a los fines de desarrollar su preocupación central: las posibilidades de actuación política y cultural disponibles para los muy jóvenes y más diversos intelectuales que la realizan, en un contexto marcado por la masificación de la política y la hegemonía creciente de los medios masivos.

Sociología del público argentino, editado a fines de 1956, ha sido considerado como un ensayo a la vez pionero y fallido (Borello 139, Foster 133-4, Link 29, Grimson). Pero es precisamente en su autodeclarado “fracaso” donde reside el interés, en tanto pone en primer plano las tensiones fundamentales de un período de transición, que en lo sucesivo fue llevando a muchos de esos intelectuales jóvenes hacia la izquierda. “Nuestros ‘no’ iniciales y nuestros maestros liberales se enfrentaron contradictoriamente”, escribió David Viñas en el filo de los años ’60 (274). La *Sociología* es un escenario privilegiado de ese enfrentamiento contradictorio. Prieto quiere dejar los discursos “espiritualistas”

² Entre varios otros de temática cercana, véanse en particular los de Prieto, Eduardo Desein y Alicia Jurado.

sobre la literatura nacional por una observación empírica del público y el mercado, pero va a su encuentro con buena parte de las exigencias que orientaban la discusión anterior. Su definición de la experiencia literaria choca contra la importancia que están adquiriendo prácticas heterogéneas –como el entretenimiento– dentro de la cultura del libro; su idealización de la figura del lector tiene que enfrentarse a encuestados incapaces de dar cuenta de lo que leen; el éxito de los best sellers traducidos parece incumplir un compromiso básico con las cosas del país que entiende requisito mínimo de una literatura auténtica. En el espacio entre el ser y el deber ser –que corresponde medir a la “sociología”– se abre camino el ímpetu pedagógico, que toma la forma de una tarea: politizar las diferencias para organizar el público.

1. ¿Existe un público lector en la Argentina?

El punto de partida de la *Sociología del público argentino* ya estaba presente en un artículo del joven Juan José Sebrelli, publicado en la revista *Centro* a fines de 1953. “El escritor argentino y su público” lo lleva implícito en el título, que parafrasea la conferencia de Borges “El escritor argentino y la tradición”, leída en 1951. Ir de la *tradición* al *público* suponía hacer retroceder –aunque sin abandonarlo– el problema de la “literatura nacional”, que en sus dos vertientes (a menudo inseparables) había dominado por al menos quince lustros el discurso de las élites respecto de la literatura: por un lado, la definición de lo auténtico argentino; por otro, la colocación internacional de la escritura nacional.

Borges –como todo saben– propone en esa conferencia que ni la literatura española ni la gauchesca pueden oficiar de auténtica tradición argentina; tampoco el recurso “patético” de declararse huérfano de toda historia –que ha “leído hace poco”– puede ser una solución. Los argentinos (“los sudamericanos”) son como los judíos y los irlandeses: tienen derecho a la tradición europea (“universal”) sin que les pese, lo cual les permite administrar la herencia (temas, formas, problemas) con total libertad. Su argumento es testimonio de un cambio personal, pero no es ajeno al giro antinacionalista que

provocó entre las élites el gobierno “nacional y popular” de Juan Perón³. Borges advertía de pronto que el de la literatura nacional –que en su sentido fuerte es indistinguible de una tradición– era un “tema retórico”: “más que de una verdadera dificultad mental entiendo que se trata de una apariencia, de un simulacro, de un seudoproblema” (151).

La solución borgeana acaso deba menos a su agudeza dialéctica que a su tanto o más aguda sensibilidad histórica. La “revolución del libro” de las últimas décadas, que Buenos Aires experimentó con particular intensidad al convertirse en muy pocos años en el primer productor y exportador mundial de libros en castellano, estaba de hecho transformando la geopolítica literaria: la circulación se internacionalizaba, el ritmo de las traducciones se aceleraba, la indiferenciación de los textos aumentaba (Escarpit, De Diego). El libro no era un producto cultural cristalizado, antecesor obsoleto de las modernas tecnologías de comunicación de masas; “los profundos cambios que se han producido en el mundo del libro durante los últimos decenios” –afirmaba la UNESCO en 1965– lo habían convertido “en uno de los grandes medios de información de nuestra época paralelamente a la prensa, el cine, la radio y la televisión” (“Prefacio” a Escarpit *Revolución* 9).

En apenas tres lustros, entre 1938 y 1953, Argentina sextuplicó la cantidad de títulos impresos y multiplicó por 17 el número de ejemplares (Rivera 101). Las principales editoriales nuevas, además de esa explosión cuantitativa para un mercado continental que había perdido –con la guerra en España– a su principal proveedor, desarrollaron catálogos inéditamente eclécticos. Bajo los mismos sellos, colecciones o espacios de venta, tendieron a hacer convivir títulos y públicos tenidos hasta entonces por incompatibles. Clásicos de todo origen, maestros europeos, novedades precedidas de un éxito rutilante en varios países, figuras tanto del “establishment” argentino como de la “literatura social”, novelas ya llevadas al cine, literaturas periféricas mediadas por la industria metropolitana, autores de vanguardia consensuados por la crítica internacional,

³ Este giro, por otra parte, lo advirtió enseguida (1954) Jorge Abelardo Ramos en *Crisis y resurrección de la literatura argentina*.

policiales de todo tenor, manuales de autoayuda⁴. La dirección de los flujos, si algo más permeable, no era por supuesto más equilibrada en literatura que en todo lo otro; sin duda más evidente que las chances del escritor argentino en aguas internacionales, era que las metrópolis, aun antes que estéticas de avanzada y títulos de prestigio, exportaban una cantidad fenomenal de literatura “comercial”, cuyo alcance multiplicaba el aparato publicitario de las editoriales locales. El mapa de la república internacional de las letras, que es inimaginable sin el trazado de sus rutas y condiciones de circulación, estaba cambiando de manera ostensible, y con él el valor de la dicotomía nacionalismo/cosmopolitismo.

Para los jóvenes recién llegados a la cultura literaria, sin embargo, el de Borges debía sonar como un argumento cosmopolita tradicional: lo que les presentaba como libertad, lo recibían como exigencia, porque entendían que esa “pertenencia” a la tradición europea no era algo dado, sino que requería destrezas de acceso diferencial. En el contexto de las disputas culturales durante el peronismo, no podían percibirlo sino como otra estrategia de las élites culturales para alejarse del “pueblo”. Desde una perspectiva actual, es sintomático que buena parte de los argumentos que le oponen Sebrelí o Prieto, jóvenes renovadores de la crítica⁵, nos resulten mucho más conservadores que los que impugnan.

Buscar legitimación en el público, como había hecho Roberto Arlt en el famoso prólogo a *Los Lanzallamas* de 1931, suponía un intento de sacar la discusión del terreno inmanente en el que también Borges la mantenía. Pero Sebrelí no era en 1953 un reconocido cronista popular –ni el best seller del ensayo que llegaría a ser diez años después–: la consideración que hace del público es en rigor tan abstracta que su solución no deja de ser inmanente; podemos considerarla más bien performativa. La polémica con Borges es explícita: “[a]mparados en el universalismo más abstracto”, nuestros escritores “se creen con derechos a jugar con todas las culturas que encuentran a mano, a

⁴ Para el caso de las novedosas colecciones de bolsillo de Espasa-Calpe y Losada, véase Larraz 2009.

⁵ Para una introducción a la renovación de la crítica literaria en los años '50, véase Avaro y Capdevila. Sobre la contribución de Prieto, véanse Gerbaudo y Gramuglio.

adoptar todas las actitudes, pero no engañan a nadie: no se puede ser más que lo que se es” (25). ¿Y qué se era? Sebrelí no se dejaba amedrentar por la desesperación ontológica, que por esas mismas fechas empujaba a Héctor A. Murena –en los artículos que conformarían luego *El pecado original de América* (1954)– hacia sublimes abismos de intensidad. Seguía sin embargo su diagnóstico de orfandad, que era precisamente el que había inspirado a Borges, después de haberlo “leído hace poco”, su novedosa solución: “Un país, un continente entero –reversionaba Sebrelí– experimenta un sentimiento de desigualdad e inferioridad frente al ser pleno de la civilización europea...”, que lo hace sentir (al argentino o al americano, lo mismo daba⁶) desamparado como un “paria” (26).

Sebrelí operaba un giro en rigor un poco tramposo. Sin citar ni soltar su ejemplar gastado de *¿Qué es la literatura?*, desviaba la comparación borgeana de los argentinos con una minoría: afirmaba que al igual que los judíos, los negros, los proletarios, las mujeres y los homosexuales, “nosotros los argentinos, los americanos, nos encontramos en una posición similar a la de cualquiera de estos modernos ‘parias’” (26). Así como cada uno de esos grupos, según Sartre, lucha antes que nada por los suyos, “los argentinos sólo podemos hablar para los argentinos, solamente así lucharemos verdaderamente por el hombre” (26). Al *hablar para* sus compatriotas –indistinguible acá de *luchar por ellos*⁷–, el escritor argentino hallaría no sólo su identidad, sino también su lugar dentro de esa categoría universal que aparecía todavía, para el espectro casi completo de ideologías artísticas, como origen y meta de toda acción y pensamiento: “el hombre”⁸. Esas “minorías”, sin embargo, no eran equivalentes: mientras que Sartre (detrás del marxismo y antes de los *civil rights movements*) socavaba la

⁶ Un uso similarmente impreciso de los términos “Buenos Aires”, “Argentina” y “América” le fue reprochado a la megalomanía ontologizante de Héctor A. Murena por Carlos Viola Soto en la revista *Sur* (87).

⁷ Por supuesto, Sartre no dice en absoluto que cada uno de estos grupos se dirija o tenga que dirigirse ante todo a los suyos, como prueba el ejemplo principal que ofrece: las novelas de Richard Wright. “¿A quién, pues, se dirige Richard Wright? Desde luego, no al hombre universal (...). Pero Wright no puede soñar tampoco con destinar sus libros a los racistas blancos de Virginia o Carolina, quienes ya han tornado partido y no abrirán libros así. Tampoco podrá destinarlos a los campesinos negros de los ‘bayous’, gentes que no saben leer. (...) éste se dirige a los negros cultos del norte y a los norteamericanos blancos de buena voluntad (intelectuales, demócratas de izquierda, radicales, obreros afiliados al C.I.O.)” (Sartre 86).

⁸ Sobre la hegemonía del humanismo en la Francia de posguerra, véase Derrida. Sobre el humanismo como suelo común de las revistas *Sur* y *Contorno*, Podlubne “Un arte”.

unidad de intereses que representaba la nación, Sebrelí mantenía la entonación patética con que describía Murena ese destino común: solos, condenados a salvarnos por nuestros propios medios, a hacer de la necesidad virtud, etc etc.

La *Sociología*, en cambio, le da al mismo giro hacia el público una justificación metodológica: “a *¿existe una literatura argentina?* corresponde, en buena medida, la pregunta: *¿existe un público lector en la Argentina?*”; con la ventaja de que “esta inversión reduce considerablemente el campo de las hipótesis, de la simple consideración subjetiva”: “es una invitación formal a una tarea apoyada en observaciones, rebatible y corregible por observaciones” (*Sociología* 13).

Aunque animada por el espíritu científico que podía esperarse entonces de una “sociología”, la nueva pregunta, en la formulación de Prieto, no era en rigor mucho más contrastable que la anterior. Así como “literatura argentina”, según los presupuestos del debate, no significaba apenas “literatura de autor argentino”, no se les escapa a Prieto y a Sebrelí, después de casi dos décadas de explosión editorial, que cuestionar la existencia de un público lector requería cierta audacia dialéctica. ¿Qué desplazamiento semántico del término “público” –equivalente al que Borges, en un boceto para su conferencia, detectaba en “la voz argentina” (Balderston)– les permitía esa torsión?

Se dirá que todo esto no es más que retórica, ya que al fin es un hecho que nuestros libros se agotan, y muchos de ellos hasta son traducidos (Sebrelí 24).

A primera vista, Buenos Aires y algunas ciudades del interior del país, son centros de una saludable e intensa actividad cultural: grandes librerías, numerosas salas de exposición, de conciertos, de conferencias, son señales certeras de un público ávido de interés por las manifestaciones del arte, la literatura y el pensamiento. Datos de la común experiencia ratifican la primera presunción; piénsase en la nómina de las fuertes empresas editoriales, en las guías de exposiciones, en el número de conferenciantes que registra la prensa diaria, en el *bordereaux* de los teatros, en la gustosa afluencia de artistas y pensadores extranjeros (*Sociología* 8).

No y no. Tener un conglomerado de lectores no es lo mismo que tener un público considerado como una estructura, como una unidad orgánica, un público de discípulos o de contrincantes y no

sólo de lectores indiferentes, que se olvidarán al dar vuelta la última página del libro (Sebreli 24).

El artista, el literato, el pensador, gestores de cultura, se quejan en nuestro país con rara unanimidad. Se consideran desoídos; se sienten ignorados; sospechan vivir destinos gratuitos. Semejante actitud está en flagrante contradicción con lo que muestra la superficie de nuestra existencia cultural (*Sociología* 9).

2. La indiferencia de un público indiferenciado

El tropo de la indiferencia del público para las cosas de la cultura pertenecía ya a un venerable folclore. En el segundo capítulo de la *Sociología* – un esbozo de historia del público argentino –, Prieto recuerda que Martín García Mérou, a fines del XIX, descargaba “en la indiferencia del público la responsabilidad por el fracaso de una generación de escritores” (70), la que fue contemporánea del auge liberal de la década de 1880; pero se entendía que aquella indiferencia consistía en no leer sus libros. La que denuncia Sebreli – dejemos de lado qué tan preciso es su diagnóstico – consiste en cambio en leer y olvidar. Ahora público *hay* –parecería–, pero no presenta la imagen que esperaban de él estos muy jóvenes escritores: 23 años tiene Sebreli en el '53 (y ningún libro), Prieto 26 en el '54 (y un primer libro con la tinta fresca⁹). ¿Cómo era posible que la industria editorial estuviera en ebullición como nunca antes y la literatura argentina, y en general la cultura literaria, parecieran tener un lugar tan marginal?

⁹ *Borges y la nueva generación* (1954) fue el primer libro dedicado por entero a la obra de Jorge Luis Borges. En sintonía con la revisión de posguerra que se venía haciendo de las vanguardias del '20 –de cuya actitud lo consideraba representante–, y munido de una serie de exigencias sartreanas, Prieto proponía un análisis selectivo pero minucioso de su poesía, su crítica y su narrativa, todo a los fines de impugnar un prestigio –decía– excesivo respecto del valor real de la obra. Censuraba sobre todo su actitud lúdica, sintomática del habitus (diremos) de una élite estéril. Lo hacía en nombre de un renovado compromiso con las cosas del país, con la voluntad de los reciénvenidos de convertirlo en la caja de resonancia de una literatura con capacidad de interpelación vital. El libro fue notablemente tempestivo: el título potente, la sencillez de la premisa básica, pero también la sutileza del análisis que permitía reconocerlo en el espacio intelectual como un interlocutor válido, colaboraron sin duda a volver legible al conjunto de jóvenes críticos y a las pequeñas revistas que venían surgiendo en los años inmediatamente anteriores. Este movimiento encontró exégeta y biógrafo en tiempo récord en Emir Rodríguez Monegal, que publicó una serie de artículos en el periódico uruguayo *Marcha* y los compiló a principios del '56 bajo el título: *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*. Véase Avaro y Capdevila.

Para Sebrelí, la indiferencia del público estaba en el origen de lo que podríamos llamar su *indiferenciación*: como los lectores no se dejaban interpelar vitalmente por lo que leían, el público no llegaba a estructurarse a partir de controversias polémicas; no se producían “discípulos” ni “contrincantes”. Un año después, “Sobre la indiferencia argentina” –el artículo de Prieto que abre el primer número de la revista *Ciudad* (1955), incluido luego con algunos cambios en la *Sociología*– eleva la indiferencia a rasgo definitorio del carácter nacional. La *Sociología*, en cambio, comienza por notar que ya existe un término específico para nombrar esa indiferencia activa, que se revela así menos argentina de lo parecía; un término de tan amplia difusión, que su “fórmula” podía adelantarse “sin temor” –ni mayores esperanzas explicativas– a poco de arrancar:

Sin temor podríamos adelantar ya la fórmula que parece regir las relaciones generales de nuestro público con la cultura: *espectáculo*, la cultura como espectáculo, como un juego que se desarrolla más allá de la propia piel y los propios intereses; juego que entretiene o divierte con una infinita escala de matices, pero que no afecta el mundo real del espectador (10).

No es, en efecto, a este tipo de generalizaciones a lo que apuesta primeramente la *Sociología*. La potencia explicativa, y más aún la *utilidad* del libro, se juegan en cambio en su capacidad de hacer deslindes y proponer matices, que van tan lejos como los instrumentos –teóricos y prácticos– que Prieto tiene a mano; y cuya *modernidad* (a falta de mejor palabra) revelará enseguida un contrapunto con los dos artículos.

Sebrelí, por ejemplo, si bien la falta de “unidad orgánica” del público era el origen de su denuncia, acababa postulándole a “los argentinos” una cohesión sorprendente, necesaria para equipararlos a los judíos o los negros, cuya (supuesta) identidad de intereses derivaba de una situación de opresión colectiva¹⁰. Acaso muy pocos nacionalistas acérrimos hubieran firmado este acto de fe –caricatura del pasaje de Sartre que lo inspiró–; como Sebrelí no era sin

¹⁰ La falta de homogeneidad de estos “grupos” oprimidos, por otro lado, fue señalada hace años por el feminismo negro de Estados Unidos. Para dar cuenta de los cruces complejos entre formas de opresión, Kimberle Crenshaw propuso el término “intersectionality”.

duda uno de ellos, cabe deducir de la naturalidad con que salió de su pluma más bien el prestigio ubicuo de las totalidades:

Todos los argentinos nos apoyamos en una identidad de gustos, de necesidades, de hábitos, de peligros, de glosario, por eso entre nosotros no hace falta explicar ni analizar demasiado, un gesto, una palabra, son suficientes para que lo entendamos todo, pero hace falta hacer ese gesto, esa palabra (Sebreli 27) ¹¹.

Algo menos axiomático, “Sobre la indiferencia argentina” no rechazaba “una tarea apoyada en observaciones”; pero se trataba de otra clase de “observaciones”, que dependían –en la tradición ensayística de un Martínez Estrada– no de la investigación empírica sino de la agudeza del ojo del cronista. La mirada aspiraba a advertir lo común, porque sólo aquello que pudiera postularse por encima de toda diferencia –se intuye– resultaba verdaderamente significativo:

Un viaje en tranvía con los obreros y empleados que van o vuelven de la diaria labor, es como una visita a los patios y corredores de cualquier facultad atestada de estudiantes o como el espectáculo que ofrece el heterogéneo público asistente a las salas de conferencias o el no menos curioso de los que acuden a las tardías misas dominicales. Caras grises, impasibles, que reflejan el alma ausente de lo que van a hacer o de lo que hacen; un aire de contagiosa indiferencia hermana los rostros (11).

La *Sociología*, en cambio, tiene como punto de partida no solo la heterogeneidad del público lector, sino también la imposibilidad contemporánea de trazar “a ojo” sus segmentaciones. Esa heterogeneidad habría sido “coherente” hasta principios del siglo XX: “a distintos tipos de literatura” correspondían “públicos distintos y perfectamente localizables” (11). Pero en las últimas décadas parecía haber sufrido un proceso inédito a la vez de expansión y de dispersión: “la aparición de ingentes generaciones de nuevos lectores, y la paralela atomización de aquellos cuadros que habitualmente fomentaban y admitían algún tipo de literatura” (*Sociología* 12). El público actual le sugería “la

¹¹ Carlos Correas ha adjudicado este estilo temprano de tomar prestado de Sartre –aquí se transparenta otra vez el *Qu'est-ce que la littérature*– a la ausencia de traducciones (o de traducciones buenas), que al hacerse disponibles habrían reducido “el campo de lo meramente plagiable” (23). Habría que pensar más bien lo opuesto: que Sebreli no duda de que buena parte de los lectores de *Centro* en 1953 advertirán su presencia.

imagen biológica” opuesta a la que el país, con una Buenos Aires hipertrofiada y un interior raquítico, le había sugerido años atrás a Ezequiel Martínez Estrada: “un cuerpo gigantesco, hipotético y fantasmal, conectado a una cabeza microscópica” (114)¹².

Si la producción de nuevos lectores y nuevos materiales de lectura había dejado casi intacta la esfera letrada en el período 1880-1910 –según afirmará Prieto treinta años después¹³–, el proceso de masificación del libro en las décadas siguientes había implicado mucho más que una expansión cuantitativa. Hasta las primeras décadas del siglo, en efecto, existía todavía una separación material relativamente clara entre lo que podemos llamar circuito “letrado” (librerías selectas, libreros enciclopédicos, libros europeos en lengua original y cuidadas ediciones de autor argentino) y el circuito popular (ediciones baratas de clásicos cultos y populares, poesía popular y narrativa folletinesca en cuadernillos precarios, distribución en kioscos y establecimientos misceláneos). La masificación rápida que tuvo lugar desde fines de los años '30 le asestó el golpe de gracia a esta separación, cuyo debilitamiento espejaban sucesivos emprendimientos desde la década anterior¹⁴. La consistente extensión de la lectura, tanto como la ampliación del alcance social de la cultura del libro, encontró entonces casas editoriales que a la vez reproducían y potenciaban la relativa pero creciente indiferenciación del público. Textos y objetos que parecían ofrecerse a modos también heterogéneos de apropiación¹⁵ tenían ahora una inédita visibilidad recíproca. Prieto, que fue uno de los críticos más sensibles al impacto de estas transformaciones, observó no sólo su heterogeneidad sino su legitimidad creciente en la *Sociología* y luego en la introducción a su *Encuesta: la crítica literaria en Argentina* (1963); este proyecto puede incluso leerse como un intento de balance y reflexión sobre la función de la crítica en este proceso. Los

¹² *La cabeza de Goliath*, la “microscopía de Buenos Aires” de Martínez Estrada, es de 1940.

¹³ Véase *El discurso criollista en el origen de la Argentina moderna* (1988).

¹⁴ Proyectos editoriales como *La Cultura Argentina* (1915-25) de José Ingenieros (Degiovanni), editoriales como *Babel* (desde 1922) de Samuel Glusberg –y la revista homónima (1921-29)– habían avanzado, entre otros, una popularización del libro “culto” (*Buonocore* 101, Tarcus). La prolífica Tor, inversamente, colaboró a una visibilización mayor de la literatura “popular” (Abraham).

¹⁵ Entiendo que “modo de apropiación”, término corriente en sociología de la cultura, supone un uso más o menos socialmente regulado, que en tanto se vuelve “reconocible” –estableciendo relaciones más o menos precisas con otros usos– puede cumplir una función identitaria.

lectores iban hacia los libros con una heterogeneidad demasiado ostensible de motivaciones: “el entretenimiento, la simple información, o el elemento desencadenante de profundas experiencias en lectores aislados y dispersos” (*Encuesta 6*); pero también el deseo de ostentarlos en los estantes, cuya importancia resultaba insoslayable ya en 1956 por la “extraordinaria agilitación que este nuevo público ha impreso al movimiento editorial” (*Sociología* 80-1).

Así como las editoriales emblemáticas de esos años, como Sudamericana, Emecé o Losada, habían sido fundadas para una nueva era de la circulación del libro –más veloz, menos diferenciada, mucho más internacional–, tomarle el pulso a los públicos que dejaba intuir esa circulación requería instrumentos teóricos igualmente adecuados.

3. Una ciencia de lo disperso para los nuevos lectores

“La palabra sociología –escribió Horacio González– contenía una esperanza simultánea en el conocimiento científico y en la transformación de la sociedad argentina, transformación que de todos modos eran nombrada con el módico concepto de ‘modernización’” (68). La sociología empírica, a diferencia del ensayismo sociológico de un Martínez Estrada –que aspiraba a captar la totalidad–, aparecía entonces como el método idóneo para trabajar con lo heterogéneo y con lo disperso.

Desde 1957, como director de la carrera de Sociología recién creada, Gino Germani le iba a dar una jerarquía institucional inédita a la orientación científica, de inspiración norteamericana, que había empezado a desarrollar en el ámbito académico hasta su alejamiento en 1945. Durante la década peronista, fuera de los cursos que dictó en el Colegio Libre de Estudios Superiores –como tantos docentes cesanteados–, siguió difundiendo algunas de esas innovaciones teóricas a través de las colecciones de pensamiento contemporáneo que dirigió para dos editoriales, Abril y Paidós (Blanco “Ideología” 97, Ana Germani 24, Varela Petit 239). Es decir: a falta de espacio institucional, intervino a través del mercado. Muchos de esos textos “fueron incorporados en diversos programas del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, en la década siguiente” (Ana Germani 27).

Antes de comenzar la redacción de este ensayo –explicaba Prieto significativamente (como veremos) recién hacia mitad de la *Sociología*– nos propusimos, como antecedente necesario, intentar un sondeo del público lector. La meta ideal era conseguir un registro suficientemente amplio de datos como para que los distintos grupos de lectores tuvieran una ubicación coherente e inteligible no sólo dentro del marco de sus preferencias, sino también dentro de sus conexiones sociales y culturales; la meta real, en cambio, habida cuenta de la inexperiencia, falta de medios materiales y de un equipo humano competente, era mucho menos ambiciosa, y se redujo, desde un principio, a recoger los datos de escasos centenares de personas, aunque con la previsión de que ellas fueran lo más representativas posible del grupo de trabajo, o del estanco social y económico o del *status* cultural a que pertenecían (97).

Además de los datos estadísticos que toma de *Estructura social de la Argentina* (1955), Prieto se ha dejado inspirar por la “Sociografía de la clase media en Buenos Aires. Las características de la clase media en la ciudad de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres” (1942-3)¹⁶. Se trata de una investigación tempranísima de Germani, que la había realizado en calidad de “investigador *ad honorem* del Instituto de Sociología” que dirigía Ricardo Levene (Ana Germani 24); Prieto retoma algunas segmentaciones fundamentales del análisis de datos, y utiliza además el cuestionario como modelo para construir el suyo. Después de solicitar los datos duros de rigor, Prieto intentaba relevar el consumo de diarios, revistas y libros por tipo y cantidad. Al final hacía cuatro preguntas estrictamente literarias, dos de ellas de elaboración: “¿Lee libros de autores argentinos? (únicamente literatos) / ¿Qué autores en especial? / ¿Por qué le interesan o por qué no le interesan los libros de autores argentinos? (precisar en lo posible las causas del interés o del desinterés) / ¿Cuáles serían, a su juicio, los escritores argentinos vivientes más importantes?” (100)¹⁷. Munido de este cuestionario, Prieto se lanza a relevar un

¹⁶ El término “sociografía” refería precisamente a la investigación empírica de una sociedad concreta, por oposición a la “sociología” como disciplina filosófica sobre lo social. Germani se ocupó de discutir también la relación entre ambas; véanse “Una década de discusiones metodológicas” (1951) y “Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América Latina” (1952), ambos incluidos en Mera Gino Germani.

¹⁷ Esta es la encuesta completa: “Edad. / Sexo. / Nacionalidad. / Lugar de residencia (Provincia o Territorio. Localidad). / Ocupación, profesión o empleo. / Grado de instrucción. / Lecturas

espacio de la geografía de la lectura que juzga hasta entonces desconocido; “además de Buenos Aires, varias ciudades del interior del país, Bariloche, San Juan, Mendoza, Santiago del Estero, Rosario, y algunos pueblos, sirvieron de base a la encuesta” (100).

El fracaso, o mejor dicho, cierto tipo de fracaso, era enteramente previsible al iniciar una encuesta semejante en la amplísima zona de los suburbios literarios, suburbios que por una conexión nada casual coinciden con las barriadas extramuros de todas las grandes ciudades de la República (...) (103).

Es difícil sobreestimar el peso simbólico de esta expedición, que debió ocurrir en los meses siguientes al golpe de Estado de 1955 y es tal vez un caso proverbial de la forma en que los grupos liberales entendían por esas fechas la necesidad de “vincularse” con el pueblo, *huérfano* desde el derrocamiento del líder. “El sector culto de nuestro pueblo debe proyectar su cultura sobre la zona inculta, vincularse con sus temores y sus necesidades, ser para ella la proa de la nave y no una isla: la cultura no es un traje agresivamente rico que nos distingue de los demás sino una desnudez esencial que nos iguala”, pedía Carlos Peralta, dos meses después del golpe, en el famoso número 237 de *Sur* (113)¹⁸. A la vuelta

habituales. / *Diarios* (indicar cuál o cuáles). / *Revistas* (indicar cuál o cuáles). / *Libros* (indicar la cantidad de libros leídos durante el último año). / *Libros* (indicar, en términos muy generales, qué clase de libros prefiere: novelas, poesía, científicos, biografías, etc.). / *Libros* (si acostumbra guardar los libros que compra, indicar la cantidad aproximada que posee de ellos). / *¿Lee libros de autores argentinos?* (únicamente literatos). / *¿Qué autores en especial?* / *¿Por qué le interesan o por qué no le interesan los libros de autores argentinos?* (precisar en lo posible las causas del interés o del desinterés). / *¿Cuáles serían, a su juicio, los escritores argentinos vivientes más importantes?*. Y estas son las preguntas de la encuesta de Germani sobre la clase media referidas a la lectura: “8. Diga los nombres del diario (diarios) que lee *todos los días* / 9. Señale con una cruz, en la casilla que corresponda, el interés que le merece, en la lectura del diario (o diarios), las secciones que a continuación se indica, teniendo en cuenta únicamente su preferencia habitual y no la que pudiera tener en ocasión de la publicación de noticias excepcionales. (Se indican 13 secciones y tres gradaciones de interés) [Germani no las transcribe] / 10. Diga el nombre (o los nombres) de las revistas y periódicos que lee *habitualmente*. / 11. Si de las revistas o periódicos que lee, sólo se interesa por algunas secciones o especies de artículos, diga cuáles. / 12. Si lee libros, diga cuáles ha leído en el curso del último año, indicando autor, título de la obra y edición de la misma. Señale los libros que ha leído por necesidad profesional poniendo la letra P al lado del título correspondiente. / 13. Diga la fuente que le provee de los libros que anteceden e indique al lado de cada uno de los medios que se enumeran a continuación, el número de libros que le corresponda. / 14. Si acostumbra conservar sus libros después de haberlos leído, indique el número que posee actualmente” (“Sociografía” 207).

¹⁸ Sobre este número de *Sur* y sobre la revitalización del proyecto pedagógico de la élite liberal alrededor del golpe de 1955, véase Podlubne “El antiperonismo”.

de diez años de gobierno peronista, Prieto se permitía corregir en particular la caracterización de los lectores populares que había hecho Germani en 1943.

A pesar de que su encuesta relevaba conjuntamente una variedad de “consumos” y actividades de tiempo libre –lecturas, espectáculos, deportes, etc–, el análisis de Germani presentaba antes y por separado los datos relativos al repertorio de lecturas de los encuestados, bajo un apartado especial: “Instrucción y cultura personal” (Germani “Clase media” 24). Los hábitos de lectura, aislados de toda otra práctica, resultaban suficientes para justificar una segmentación de la clase media en tres grupos, que Prieto tomó como clasificación general del público lector para su *Sociología*. Primero el grupo más pequeño, los “Intelectuales”, que en rigor vive a caballo de la clase media y la clase alta; se trata del “público de las obras de alta cultura, cuyas ediciones en la Argentina rara vez superan los tres mil ejemplares, y de los cuales las dos terceras partes están destinadas a la América Latina” (25). Se advierte en esto que la clasificación de Germani mira con un ojo las encuestas y con el otro la estructura del mercado editorial, que entiende (se deduce) como emergente de rasgos identitarios de los grupos sociales. Segundo, el “público culto”: a él “está destinada gran parte de la producción editorial argentina de obras *destinadas sobre todo a la recreación* (novelas, biografías, ensayos, divulgación científica, etc., y algo también de las obras de ‘alta cultura’)” (25); el subrayado (que es mío) delata el uso jerarquizador de nociones intuitivas sobre los modos de apropiación¹⁹. Por fin “un tercer grupo, el más numeroso de todos”, que carece de nombre; éste “se diferencia de los obreros sobre todo por la cantidad de lectura que realiza” y de los dos grupos anteriores porque esas lecturas consisten casi exclusivamente de diarios y revistas (25-6).

En opinión de Prieto, los cambios más significativos de los últimos años se habían producido precisamente en este último segmento, en el que “no solamente ha habido un aumento considerable de miembros, sino que éstos, considerados como público lector, han dejado de manejarse con diarios y

¹⁹ En esta sorprendente separación, que de algún modo degrada el término “culto” al adjudicarle una vocación principalmente recreativa, los géneros en cuanto tales (en tanto signo de un interés serializado) quedan por fuera de la “alta cultura”, que cultiva en cambio (presumimos) la singularidad total.

revistas exclusivamente, volviéndose de más en más permeables a la sugestión del libro” (101). Pero “la extraordinaria agilitación que este nuevo público ha impreso al movimiento editorial no significa enteramente oro de buena ley para la cultura literaria” (80-1). Prieto avanza la caracterización “sociológica” de este grupo con cautela, habida cuenta de que la requería en plena Revolución Libertadora cualquier referencia al régimen depuesto. Se trata de un sector que se ha beneficiado de una “nueva legislación social estabilizadora”, y que con el pequeño excedente de riqueza y el modesto derecho al ocio empieza a sentir, en escala reducida, “las mismas urgencias y las mismas tentaciones” que los ricos. Es decir, una “propensión” a “la posesión de objetos que demuestren palmariamente desahogo económico”: radio, licuadora, tocadiscos –enumera–, fotografía de “un viaje a la playa”, diccionario enciclopédico en dos tomos (80).

El libro ha entrado de rondón en este vértigo atomizado del gasto ostensible, del pequeño lujo. En primer lugar, naturalmente, el libro caro, el que exige bajo toda apariencia, mayor derogación; algún tomo encuadernado en cuero y el forzoso diccionario empotrado en un mueble minúsculo forman parte de la decoración de millares de hogares argentinos; en segundo lugar, casi sin transición visible, el libro barato, el que puede comprarse según el nuevo sistema de venta por remate implantado en muchas librerías en consonancia con el nuevo tipo de comprador (80).

Los nuevos lectores entran al espacio literario –piensa Prieto– por ambos extremos del mercado del libro, aquellos en los que el valor del objeto tiene una presencia más flagrante y definitoria. Por un lado, como “consumo conspicuo”, por su valor ostentatorio tanto económico como cultural²⁰. Por otro, adquiriéndolos en las mesas de ofertas que ahora muchas librerías sacan incluso a la calle, desarrolladas –intuye él– para empatar las características de un público que se le presenta como inquietantemente indiferenciado. Siguiendo las idealizaciones tradicionales que pesaban –y que en cierta medida todavía

²⁰ Janis Radway ha observado la importancia que tuvo el uso ostentatorio de los libros en la constitución de un gusto “middlebrow” en Estados Unidos durante los años '20 y '30. El término “consumo conspicuo” perteneció primero –antes de ser infinitamente retomado durante buena parte del siglo XX– a Thorstein Veblen, que lo teorizó dentro de un marco antropológico muy fin-de-siècle en su notable *The Theory of the Leisure Class* (1899).

pesan²¹– sobre la actividad de la lectura, ¿qué inteligibilidad podía ofrecer un público vagamente imantado por el brillo del lomo o el precio de tapa?

El rasgo que más resalta a la observación –y el que obstruye desde el principio cualquier intento de registro–, está dado por la separación que el lector de este grupo establece entre él y la experiencia literaria; no ha tomado conciencia, o la ha tomado muy confusamente, de que el fenómeno literario posee vida propia, con sus leyes, su historia, sus héroes y traidores, sus problemas, su porvenir; en otras palabras, no lo ha personalizado, no le ha otorgado personalidad autónoma como ha hecho, por ejemplo, con el cine y la radio. (...) No podrá hablar del libro leído a quienes no lo conocen; no buscará o no encontrará la revista especializada que le informe del proceso gestador de la literatura e ignorará por completo la existencia de los autores; despersonalizado hasta esos extremos el hecho literario, no tiene nada de raro que preguntar sobre libros o escritores ponga a este lector en el mayor desconcierto. Los cuestionarios, luego de muchas reticencias, fueron consultados a medias por los lectores de este grupo, o más comúnmente dejados en blanco; cuando se recurrió al arbitrio de simular el cuestionario entre los vaivenes de una conversación, no se consiguió un éxito mayor; veíamos a menudo una docena o más de libros puestos sobre un estante, pero su poseedor no se atrevía a dar razón de ellos (102-3).

Una docena de libros arrumbados y un lector mudo constituyen las ruinas de una ofensiva incompleta. En la sección sobre “El impacto de la democracia en la educación” del volumen IV de *Estudio de la historia*, el entonces multicitado historiador inglés Arnold Toynbee –que Prieto menciona (42)– utiliza la metáfora de la conquista territorial para referir el avance del sistema de educación obligatoria. Lo describe como “una ofensiva intelectual contra la barbarie que persiste ‘en un núcleo sólido de paganismo y salvajismo’ aun bajo la

²¹ Un buen ejemplo de esa persistencia es el artículo de Eduardo Fianza, “¿Qué es un lector?”, que se presenta como un análisis de los datos estadísticos de la “Encuesta nacional de lectura y uso del libro”, encargada en 2001 a la consultora Catterberg y asociados (que dirigía Fianza) por el Ministerio de Educación de la Nación. Después de invitarnos a entender la lectura como un conjunto de prácticas heterogéneas con objetivos variados, de relevarla (entre otras cosas) como un uso del tiempo libre entre otros posibles, y de llamarnos a abandonar las idealizaciones intelectuales respecto de su “deber ser”, Fianza acaba al final por recomendar, sin sentir la necesidad de justificarlo, “la promoción de la lectura, no sólo desde el punto de vista de las políticas públicas, sino también en relación con las acciones del conjunto de la sociedad en favor de una lectura crítica y creativa, capaz de fomentar una ciudadanía responsable” (260). En el último párrafo, a modo de *deus ex machina*, se nos indica que la “lectura es información, pero también es una respuesta a demandas profundas de nuestra subjetividad. La lectura es diversión, pero es a la vez un antídoto contra la ansiedad y el temor” (263). El artículo termina con una cita de Rilke.

superficie de las sociedades más sofisticadas de que se tenga memoria” (Toynbee 197). Si la imagen fuera correcta, nos invita a no olvidar que “cuando una civilización lanza una ofensiva militar contra una sociedad bárbara que es ajena a su cuerpo social, no puede detener su avance antes de la victoria total sin provocar una contraofensiva violenta, tentando así una catástrofe de proporciones” (197).

“[E]l libro ha hecho una irrupción –confirmaba Prieto–, lenta y extraordinariamente desordenada, pero irrupción al fin, en un ámbito que hasta no hace mucho tiempo le era extraño” (103). Tan “extraordinariamente desordenada”, sin embargo, que ha perdido por el camino casi todo lo que permitía hacer de él –según Prieto advierte ahora– una sinécdoque para la cultura literaria: ha perdido su autonomía y la práctica de intercambio que lo tenía en su centro, reivindicada una, difundida y regulada la otra, por los discursos e instituciones que suelen acompañarlo dentro de los “muros” de la ciudad. Peor: es la hora de la contraofensiva. La expansión territorial del libro ha incorporado al bárbaro a su propio “cuerpo social” sin evangelizarlo; ahora de él depende “la agilitación de un vasto movimiento editorial” (104), condenado por eso a un caos de indiferenciación:

El lector que hoy parecía inclinarse a un tipo de literatura, definiendo en él cierto gusto, mañana lee tres libros seguidos de un autor que le cayó en gracia y que practica el tipo de literatura antípoda de la que elogió poco antes (104-5).

4. La politización de las diferencias

Cuando Ernesto Quesada, en 1903, reveló un campo de lectura desconocido para las élites letradas en la propia ciudad de Buenos Aires – decenas de casas editando folletines populares de lengua híbrida y temática post-gauchesca: centenares de autores, millares de lectores presuntamente migrantes e inmigrantes– la perplejidad del medio literario duró más bien poco. Sin mengua de la curiosidad antropológica que evidencia su ensayo, y que le permitió consignar (aún probablemente inventar) prácticas de lectura y escritura no-letradas, “El criollismo en la literatura argentina” era no sólo un planfleto de censura, sino que ésta ni siquiera apuntaba contra esas prácticas: las relevaba,

con tono burlón, para refutar a los letrados que imaginaban todavía la gauchesca hernandiana como una corriente viva y auténticamente argentina, cuando quedaban apenas unos pocos gauchos en la pampa profunda y aquella lengua popular resultaba irreconocible a causa de la inmigración. El escritor y político Miguel Cané, en carta pública dirigida al autor, declaró entonces su ignorancia absoluta de esos textos y lectores, a la vez que prometió no leer nunca “ese farrago de folletines encuadernados” (Rubione *En torno* 237); llamó a extinguirlos por medio de la educación pública y le ofreció ese corpus a la arqueología del futuro, para que lo desenterrara cuando “sea esta una tierra completamente civilizada” (238)²².

En 1956, a pesar de que lo ha decepcionado en cada una de sus capas heterogéneas, Prieto percibe que la legitimidad de la literatura argentina ya no podrá venir sino de ese público. A pesar de que buena parte de sus miembros no parece asignar a la lectura literaria el estatuto del que estos jóvenes intelectuales hacen depender la eficacia de su politización, constituye sin embargo “la segunda oportunidad que al escritor argentino se le ofrece, en un cuarto de siglo, de enfrentar a un público real” (80-1)²³.

Ese instante de oportunidad histórica es lo que la *Sociología* viene a anunciar; a eso se debe el tono de urgencia que la atraviesa. La tarea intelectual consiste así en organizar, en dar “coherencia” al público; según los términos de Sebrelí, en hacer emerger “discípulos” y “contrincantes” de lo que de otro modo se percibe como un “conglomerado de lectores”. La politización de la cultura que perseguían es incomprensible si no se advierte esta voluntad de intervención sobre el universo de las prácticas, dependiente a su vez de la nueva función que se adjudicaba la crítica a partir de la reorganización discursiva del espacio literario. De ella depende a la vez el lugar de la literatura argentina en el

²² Tuvieron que cambiar muchas cosas para que fuera en cambio la crítica literaria la que se ocupara, ocho décadas después, de leer por fin esos folletos. Más significativo es que fuera el propio Adolfo Prieto el que se sumergiera fascinado, a través de los materiales conservados en el “fondo Quesada” –como lo bautizó perentoriamente Cané–, en las prácticas populares de lectura del cambio de siglo, treinta años después de la decepción que le provocaran las de sus contemporáneos en 1956. Véase *El discurso criollista*.

²³ La primera habría tenido lugar en los años '20, en los años de auge de la revista *Martín Fierro* y la editorial Claridad. El interés de Prieto deriva también de la polarización conceptual de las prácticas literarias, al menos retrospectiva, que permitió el par Boedo/Florida.

mercado literario, el de la literatura dentro de la cultura del libro, y en general el de la cultura literaria en el espacio de la cultura de masas. Es en el marco de esta disputa entre prácticas que Prieto evalúa la peligrosidad de los enemigos públicos de la literatura. El diario, la revista, la radio, el cine “y últimamente la televisión” (93), “fuertes rivales” a los que adjudica la “deflación” de la cultura literaria que sienten incluso “comunidades de arraigada tradición literaria” (154), pueden volverse sin embargo sus “aliados efectivos” (93). El principal rival, con el que no hay en cambio alianza posible, comparte curiosamente “la apariencia del medio común de la expresión literaria: del libro; sólo que las series de relatos policiales, de aventuras o de simple truculencia que ofrece por contenido, tiene poco que ver con la literatura, es infraliteratura, mundo sin ventanas abiertas, delimitado y regido por leyes propias” (93). Aún el propio libro tiene ahora al bárbaro en su interior. Peor: así formulada, la tragedia de la cultura literaria es que ha encontrado su forma más perfecta de autonomía no ya en la experiencia desinteresada de la forma estética, sino en el “mundo sin ventanas abiertas” de la recreación.

A partir de este diagnóstico, que conserva una de las variantes más elitistas de anti-mercantilismo –donde confluyen Ortega, Américo Castro, el propio Toynbee, la enseñanza de Sur–, Prieto imagina diferentes formas de pedagogía del libro y organización del público a lo largo de la *Sociología*. Alienta, por ejemplo, la participación en la radio, que “ha padecido la orfandad casi absoluta de aquellos hombres que por su capacidad y mérito pudieran suscitar, en vastos sectores del pueblo, un anhelo de superación cultural” (91); incentiva también la intervención en mesas redondas, para que “el público se convenza de que el escritor no es ese oscuro especialista que parecía, ese extraño ser marginal” (92). Pero el recurso que discute más a menudo son las revistas y suplementos especializados, cuya vinculación con la “estructura” del público no admite discusión. La supuesta carencia de esta clase de publicaciones se interpreta a veces como síntoma de un déficit de autoconciencia:

La falta de órganos mediadores, de elementos de empalme entre los lectores aislados, como podrían ser algún periódico o revista literaria de frecuentación común, hace sospechar que la mayor parte de esos lectores no siente aún la necesidad del

reconocimiento, que no se siente partícipe declarada de una función colectiva. (83)

Más a menudo, y más en línea con el ímpetu pedagógico que se reapoderaba de los espíritus cultos después del golpe de Estado (Podlubne “El antiperonismo” 51), Prieto promueve las publicaciones especializadas como un requisito de su organización. Así, observa en otro momento que si el “público culto” no pertenece todavía “cabalmente al mundo literario”, se debe en parte a la “falta de instrumentos de cohesión suficientemente eficaces” (106).

No habrá “coherencia” ni “inteligibilidad”, discípulos ni contrincantes sin órganos que aglutinen y diferencien, porque son ellos –parece entonces sugerir Prieto– los que estructuran el público. No es en la escuela sino en las revistas y los suplementos donde deberán enseñarse las “leyes” del “fenómeno literario”, sus “héroes y traidores” (102), que permitirán luego a los lectores reconocer –reconocerle– la “autonomía” que él reivindica intramuros. Pero las revistas y suplementos tendrán además que articular esa reivindicación autonómica con su ambición de constituirse en pilar de la subjetivación pública, en tanto pueden ofrecer los recursos para incluir la literatura en una práctica social: en ellos viene no sólo la información que constituye parte fundamental de los intercambios, sino también un lenguaje, un vocabulario, unos argumentos para discutir o imitar, lo mismo que un esbozo más o menos parcial de los actores y las disputas.

La supuesta carencia de revistas literarias, por supuesto, no debe medirse con ábaco sino con el barómetro de una juventud exigente: en estos años, por el contrario, en una variedad inédita de publicaciones, la información literaria y los comentarios bibliográficos se ampliaban junto con la creciente publicidad de las editoriales, y en un conjunto relativamente amplio de pequeñas revistas –como advirtió Emir Rodríguez Monegal a comienzos de ese mismo 1956– se renovaba la crítica literaria argentina. El reclamo de Prieto, más que como un diagnóstico –que la ingrata mirada retrospectiva tomaría a su cargo corregir–, debe ser entendido en conjunto con esa transformación. No se trata de informarle, como han hecho varios de sus pocos comentaristas, que el público argentino mostraría un notable fervor literario pocos años después, sino de entender, por ejemplo,

de qué modo la virulencia polémica de la crítica literaria joven, que aspiró a politizar las diferencias existentes en el espacio literario, reaccionaba frente a una indiferenciación creciente de los objetos y por lo tanto de los públicos, que ponía en conflicto con inédita urgencia, tal como advierte la *Sociología*, la legitimidad de las prácticas asociadas al libro y a la literatura.

Bibliografía

Abraham, Carlos. *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*. Temperley: Tren en movimiento, 2012.

Avaro, Nora; Analía Capdevila. *Denuncialistas: literatura y polémica en los 50*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2004.

Balderston, Daniel. “Detalles circunstanciales: sobre dos borradores de ‘El escritor argentino y la tradición’”. *Cuadernos LIRICO* 9 (2013). Web. 11 de junio de 2014.

Blanco, Alejandro; Luiz Jackson. “Cuatro ases: críticos y sociólogos en Brasil y Argentina”. *Iberoamericana* XIII.52 (2013): 115-128.

Blanco, Alejandro. “Ideología, cultura y política: la ‘Escuela de Frankfurt’ en la obra de Gino Germain”. *Prismas* 3 (1999): 95-116.

Borello, Rodolfo A. “Adolfo Prieto: literatura y sociedad en la Argentina”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 214 (1967): 133-146.

Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición”. *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1957.

Buonocore, Domingo. *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker Editors, 1974.

Correas, Carlos. *La operación Masotta*. 1991. Buenos Aires: Interzona, 2007.

Crenshaw, Kimberly. “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: a Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics”. *University of Chicago Legal Forum* 139 (1989): 138-67.

De Diego, José Luis, ed. *Editores y Políticas Editoriales en Argentina, 1880 - 2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

- Degiovanni, Fernando. *Los textos de la patria*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2007.
- Dessein, Eduardo. "La literatura de quioscos contra el individualismo". *Ciudad* 2-3 (1955): 5-10.
- Escarpit, Robert. *La revolución del libro*. 1965. Madrid: Alianza, 1968.
- Fidanza, Eduardo. "¿Quién es el lector?". *El mundo de la edición de libros*. Ed. De Sagastizábal y Esteves Fros. Buenos Aires: Paidós, 2002. 233-63.
- Foster, David William. "Adolfo Prieto: Profile of a Parricidal Literary Critic". *Latin American Research Review* 13.3 (1978): 125-145.
- Germani, Ana Alejandra. "Sobre la 'crisis contemporánea'". Gino Germani. *La sociedad en cuestión*. Ed. Carolina Mera y Julián Rebón. Buenos Aires: CLACSO, 2010.
- Germani, Gino. "La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos". *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. Ed. Theo R. Crevenna. Washington, DC: Unión Panamericana, 1950.
- . "Sociografía de la clase media en Buenos Aires. Las características de la clase media en la ciudad de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres". *Boletín del Instituto de Sociología* II (1943): 203-209.
- . *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal, 1955.
- González, Horacio. "Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre". *Historia crítica de la sociología argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2000.
- Gramuglio, María Teresa. "Prólogo. Adolfo Prieto, o el obstinado rigor de la crítica". *Estudios de literatura argentina*. 1969. Buenos Aires: UNQ, 2013.
- Grimson, Alejandro; Mirta Varela. "Culturas populares, recepción y política. Genealogías de los estudios de comunicación y cultura en la Argentina". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Ed. Daniel Mato. Buenos Aires: CLACSO, 2002. Web. 15 de agosto de 2014.
- Jurado, Alicia. "Consideraciones sobre las revistas femeninas". *Ciudad* 4-5 (1956): 104-9.
- Larraz, Fernando. "Política y cultura. Biblioteca Contemporánea y Colección Austral, dos modelos de difusión cultural". *Orbis Tertius* XIV.15 (2009). Web. 15 de abril de 2012.
- Link, Daniel. "Historia de una pasión argentina. La crítica literaria 1955-66". *Cuadernos Hispanoamericanos* 527 (1994): 7-33.

Mera, Carolina; Julián Rebón (eds). Gino Germani. *La sociedad en cuestión*. Buenos Aires: CLACSO, 2010.

Murena, Héctor A. *El pecado original de América*. Buenos Aires: Sur, 1954.

Peralta, Carlos. "La rosa negra". *Sur* 237 (1955): 113-114.

Podlubne, Judith. "El antiperonismo de Sur: entre la leyenda satánica y el elitismo programático". *El hilo de la fábula* 14 (2014): 45-60.

---. "Un arte para el hombre. El compromiso intelectual en *Sur* y *Contorno*". *Badebec* 8 (2015): 487-511.

Prieto, Adolfo. "Sobre la indiferencia argentina". *Ciudad* 1 (1955): 8-15.

---. *Borges y la nueva generación*. Buenos Aires: Letras Universitarias, 1954.

---. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.

---. *Encuesta: la crítica literaria en Argentina*. Rosario: Universidad Nacional del Litoral, 1963.

---. *Sociología del público argentino*. Buenos Aires: Leviatán, 1956.

Radway, Janice A. *A Feeling for Books. The Book-of-the-Month Club, Literary Taste, and Middle-class Desire*. North Carolina: UNC Press, 1997.

---. *Books and Reading in the Age of Mass Production: The Book-of-the-Month Club, Middlebrow Culture, and the Transformation of the Literary Field in the United States, 1926-1940*. Stockholm: Svenska Förläggareföreningen, 1996.

Ramos, Jorge Abelardo. *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. Buenos Aires: Indoamérica, 1954.

Rivera, Jorge B. *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel, 1998.

Rodríguez Monegal, Emir. *El juicio de los parricidas: la nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires: Deucalión, 1956.

Rubione, Alfredo V.E. *En torno al criollismo. Ernesto Quesada: "El criollismo en la literatura argentina" y otros textos*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

Sartre, Jean-Paul. *Qu'est-ce que la littérature?* París: Gallimard, 1948.

Sebreli, Juan José. "El escritor argentino y su público". *Centro* 7 (Diciembre 1953): 24-9.

Tarcus, Horacio. "BABEL, revista de arte y crítica (1921-1951)". *Revista Lote* 7 (1997). Web. 5 de abril de 2012.

Toynbee, Arnold. *A Study of History. Volume IV*. 1939. London: Oxford UP, 1951.

Varela Petito, Gonzalo. "Gino Germani en su circunstancia". *Perfiles Latinoamericanos* 32 (Julio-diciembre 2008): 235-243.

Veblen, Thorstein. *The Theory of the Leisure Class*. 1899. Oxford: Oxford UP, 2007.

Viñas, David. "Una generación traicionada". *Revistas culturales del Río de la Plata. Diálogos y tensiones (1945-60)*. Ed. Pablo Rocca. Montevideo: Universidad de la República, 2012. 270-285.

Viola Soto, Carlos. "A propósito de Murena y 'El pecado original de América'". *Sur* 231 (1954): 83-93.